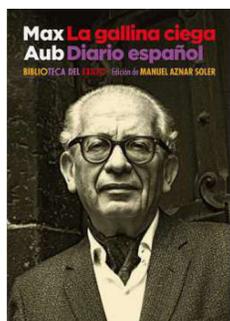


«Desconocida, España se desconoce»

50 años de *La gallina ciega*

José de María Romero Barea



Max Aub: *La gallina ciega. Diario español*, edición de Manuel Aznar Soler, Sevilla, Biblioteca del Exilio, Editorial Renacimiento, 2021, 816 pp.

Regresa el exiliado al lugar del que nunca se fue del todo, avanza a través de las escenas en el recuerdo, forzado a interactuar con las sombras que amenazan la interioridad de sus reminiscencias. Su prejuicio promulga las bondades del traslado a un lugar no menos real, la memoria, donde interpreta los pasajes que asolan como fragmentos vívidos: «Todo está verde y en flor, hasta el pasado, como si no hubiese sucedido nada». La estupefacción se refugia en la vulnerabilidad para cuestionar las asunciones disfrazadas de legitimidad. Una inquisitiva franqueza equipara el lugar evocador a la elegía perpleja: «Vivo en el aire; en el pasado. No acabo de creer lo que me sucede».

Contra los sesgos del hábito, la grafomanía de Max Aub (París, 1903-Ciudad de México, 1972) sondea creencias, entrelaza acciones, historiográficas peripecias de un colectivo abúlico, presa de una antipatía que lo retrotrae hacia el tribalismo inane: «España se metió en un túnel hace treinta años y salió a otro paisaje. Desconocida, se desconoce». A modo de recambio de una realidad que altera el

impulso experimental, la sintaxis no exonera, se limita a registrar, a recrear los diferentes tipos de afección con los que trama un tapiz de vivencias.

El trauma colectivo refracta el resultado de la mentira endémica. Firme en lo que presencia, el trasterrado recrea sus avatares, especula sobre los motivos de una historicidad que rebota en el tiempo. Se dirige hacia ese espacio entre lo cotidiano y lo trascendente, lo bello y lo vívido: «Nada ha cambiado (...) Idénticas lejanías, iguales colores». Su *Diario español* es, en esencia, una saga sobre el destino de una nación donde han dejado de chocar las ideologías; una panóptica impregnada de resonancia y dramatismo; cincuenta años después de haber sido concebida, demuestra que ninguna experiencia es única, que lo que hemos vivido será repetido por otros; que, en la autobiografía del hoy, la posibilidad de renovación del ayer brilla sin perder nada de su postrer *kinesis*.

Para hacernos sentir la desorientación del que torna, el recuento desborda sensibilidad, determinado a excavar un túnel en la objetividad hasta llegar a la inexistencia. Elude el dramaturgo y periodista la epopeya autoficcional en su diario *La gallina ciega* (1971; Renacimiento, 2021; Edición de Manuel Aznar Soler); a la imaginación antepone el emblema, pasa por alto la necesidad de invención, registra remembranzas: «Tengo fe en el futuro, en la historia y en el hombre, pero no me cabe ninguna duda que, mientras ese futuro llega [...] lo que se ha perdido irremediablemente es mi propia vida». Se resiste el hacedor a cobrar corporalidad en la página, busca formas de resistencia en un ente ajeno, se disocia de los extremos de su propia emoción. La distancia entre lo que retrata y lo que experimenta se traduce en un relato fronterizo, donde los argumentos son los cuerpos no reclamados de los que han muerto en el intento de cruzar.

Observa al *voyeur* a través del ojo de la cerradura de la remembranza. Se desplaza hacia su juventud, perseguido por las singularidades que contempla. A pesar de toda su rabia, el resultado reconoce las habilidades de la ficción para modificar la materia: «¿Cómo era España que a nada de lo que conocí se parecía? ¿Dónde está el honor, la honra, la verdad, la sed de justicia?». Retorna el poeta de *Versiones y subversiones* (1971) después de treinta años, contradiciendo su intención de no hacerlo mientras continúe el régimen de Franco; se interna en la «España del refrigerador y la lavadora; la vieja del pan y otros, del fútbol y la cerveza». Rechaza cualquier lectura simbólica de su peripecia. Se niega a existir en el espacio mimético, se muda a sus cavilaciones.

Ha vuelto con la excusa de escribir un libro sobre el cineasta Luis Buñuel. La agudeza con la que observa a la que fuera su gente combina la literatura viajera, la crítica de costumbres y las meditaciones sobre la vigencia de la Guerra Civil en la posguerra: «Todo es ver sin verse a sí mismo. Nunca se ve uno, los espejos engañan». El escritor es a la vez el héroe y el extranjero. El ser ausente que redacta lo que presencia para entender lo que le pasa. Lo que nos pasa. Su yo ficticio avanza entre revelaciones. Es el psicoanalista, el compañero de fatigas del lector: ambos

somos los detectives alucinados que recopilan pistas en busca de un juicio final que se posterga.

Poder. Política. Credos al pie de la letra. Dogmas desfasados. La crueldad perpetua recicla la codicia hasta conformar el legado intergeneracional de la estulticia. No olvida nuestra inhumanidad el relator de *Cuentos ciertos* (1955), mientras retrata luchas por el significado y la pertenencia. Entrelaza contemplaciones que abrazan la complejidad de los demás para hacernos ver en esa oscuridad no solo la desesperación, sino el desconsuelo, las ventajas de la anonimidad de «no saber. Hacer desaparecer la lengua y la escritura. Se restablecería la paz como por encanto». Radical el molde terapeuta a pie de página de un historial de registros íntimos, socialmente comprometidos, mordaces al cuestionar querencias. Sometidas a revisión por las alternativas al *status quo*, permanencias del pretérito.

Para superarlas o sublimarlas, la actualidad las enfrenta a los códigos en jerarquías. Circunnavega las leyes omniscientes del progreso que cuestiona las creencias patrias: «Morirá Franco, ¿y qué? Las fuerzas son otras y están bien hincadas en el suelo español. El turismo no es solo el dinero que aporta, los cambios que trae, es el acomodamiento». Elimina el hacedor las brechas de discriminación sistémica: «Vives en lo que fue. Vives en lo olvidado». Se resigna a no comprender del todo las motivaciones de la explicación definitiva; no explicativa, su utopía está delimitada por la deshumanización que describe. Encerrado en la narrativa periférica de la sensación de distancia, el conflicto evidencia el temor al cambio que se avecina.

Nos forma en la diversidad una autenticidad que nos ayuda a superar nuestros prejuicios: «Me duele el miedo en el que la mayoría vive inmersa sin darse cuenta o sabiéndolo. ¿Miedo a qué? (...) A no saber lo que son». Para respaldar el pluralismo motivacional, el novelista de *El laberinto mágico* (1943-1968) agrega significados a un universo indiferente; enredado en entusiasmos, combina valor y sufrimiento. Los dilemas a los que se enfrenta, en torno a la identidad y el encasillamiento, resuenan ahora. Medio siglo después de su primera edición, un compendio de sordidez y belleza sigue desafiando, con su ausencia de rigidez, las nociones preconcebidas: «Nadie me pregunta por nadie. Nadie manifiesta el menor interés por verme otro día». Eliminados los identificadores, sigue explorando las múltiples manifestaciones del prejuicio: «No tomo partido, no quiero tomarlo. Vi. Digo».

Deambula a solas el dramaturgo de *No* (1952) para encontrar a sus semejantes. Se mueve entre ellos, abrumado por las tiranías del individualismo. Sus adiciones a la textura de la leyenda exorcizan la fatalidad, además del sensorial deleite que añade perspectivas a la apreciación de nuestro entorno: «Regresé y me voy. En ningún momento tuve la sensación de formar parte de este nuevo país que ha usurpado en su lugar al que estuvo aquí antes». En última instancia, una biografía pormenorizada combina drama e intensidad para trazar la extensión del desasosiego que tiembla con tranquila desmesura, con ira palpable por la inhumanidad que el forastero presencia.

La mortalidad se cierne sobre la investigación que expone los rincones más íntimos de la añoranza. La lógica rigurosidad permea la retórica centrada en el idealismo de un testamento que analiza hasta qué punto divergen verdad y fantasía. Limitada por la expectativa de autojustificación, cada oración es una forma de protesta, una tristeza desubicada avanza a través de lugares, temas y estilos, homenajes tensos, lúdicas páginas incómodas que cubren la nostálgica resaca del ensayista de *Manual de historia de la literatura española* (1974), interrogantes sobre lo que significa ser humano en un «diario hasta cierto punto [...] Interesa en ellos lo inesperado, la gracia del aire; no tiene este ninguna».

Ideas de fugacidad, inquietud e impermanencia informan las serpenteantes cavilaciones del que camina despierto por las calles de un sueño. Encuentros fugaces convocan las fugitivas existencias de aquellos que han sobrevivido, autoexiliados que exploran su propia ficción con análisis que abogan por releer codificaciones inconscientes. Vuelve el que marchó a su tierra natal: lo que encuentra es el país que dejó atrás, cuyas deficiencias congénitas se han visto agravadas durante su ausencia. Cada episodio genera una respuesta inmediata, sin rumbo, con propósito, una espiral de pensamientos asociativos que engullen la inquietud y autorreflexión del trasterro.

Momentos disonantes transforman al interlocutor desorientado, que cuestiona la naturaleza de nuestro sentido compartido de responsabilidad, mientras nos impele a vivir desafiando tiempos cada vez más oscuros. Leemos retrocediendo, cruzamos pistas, rastreamos motivos: al migrar a los límites, transcendemos las fronteras como heridas abiertas que nunca sanan. Medio siglo después de haber sido concebidas, estas disquisiciones reafirman las bondades del movimiento continuo como forma de trascender comunidades. Resuenan contemporáneas estas certezas inquebrantables, con una rabia lúcida inversamente proporcional a la esperanza. Al orden nacional como algo establecido oponen el desarraigo cosmopolita, el eterno desplazamiento del significado disidente: «Vi, oí, digo lo que me parece justo. No busco acuerdos».

.....
JOSÉ DE MARÍA ROMERO BAREA es profesor, poeta, narrador, traductor y periodista cultural. Autor del libro de poemas *Agnusdéli* (Ediciones en Huida, Raro Pegaso, 2018) y las novelas *WTBTC* (Amargord, 2018) y *Uf* (Seurat, 2019). Es colaborador en los periódicos *Le Monde Diplomatique* y *La Vanguardia* (Revista de Letras), y en las revistas *Claves de Razón Práctica*, *Quimera* y *Nueva Grecia*.